

SEGURIDAD SOCIAL

AÑO XII

EPOCA III

NÚM. 19

ENERO - FEBRERO

1963

MEXICO, D. F.

PUBLICACIÓN BIMESTRAL DE LAS SECRETARÍAS
GENERALES DE LA C. I. S. S. Y DE LA A. I. S. S.
ORGANO DE DIFUSIÓN DEL CENTRO INTERAMERICANO
DE ESTUDIOS DE SEGURIDAD SOCIAL

Conferencia Interamericana de Seguridad Social



**Centro Interamericano de
Estudios de Seguridad Social**

Este documento forma parte de la producción editorial del Centro Interamericano de Estudios de Seguridad Social (CIESS), órgano de docencia, capacitación e investigación de la Conferencia Interamericana de Seguridad Social (CISS)

Se permite su reproducción total o parcial, en copia digital o impresa; siempre y cuando se cite la fuente y se reconozca la autoría.

I N D I C E

	Pág. —
Preámbulo	5
ESTUDIOS:	
La protección del hombre en la sociedad. <i>Guido M. Baldi</i>	9
Los seguros sociales agrícolas en Grecia. <i>Luc. P. Patras</i>	18
El régimen del seguro de vejez de los agricultores en la República Federal de Alemania. <i>Kurt Noell.</i>	39
EVENTOS DE SEGURIDAD SOCIAL:	
Décimacuarta Reunión de la Mesa Directiva de la A.I.S.S.	55
La primera reunión del grupo de trabajo sobre la mecanización y la automatización en la administración de la seguridad social	57
Cuarenta y seis Reunión de la Conferencia Internacional del Trabajo	59
Reunión del C.I.E.S. en México	75
Cuarto Congreso de Rehabilitación del Inválido y Quinta Conferencia Panamericana de Rehabilitación.	102
Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social.	113
Veinte años de vida de la Ley Mexicana	117
MONOGRAFÍAS NACIONALES AMERICANAS DE SEGURIDAD SOCIAL:	
Panamá.	121
NOTICIARIO DE LA SEGURIDAD EN EL TRABAJO:	
Cuarta Reunión de los centros nacionales del Centro Internacional de Informaciones sobre Seguridad e Higiene del Trabajo.	145
Tercera Reunión de la Comisión Preparatoria del IV Congreso Mundial de Prevención de Riesgos Profesionales	147
Las causas de los accidentes del trabajo en la industria textil mexicana. Estudio comparativo de 2,000 casos	152
La prevención de riesgos profesionales en el Perú	164
Higiene industrial e ingeniería sanitaria	179

LA PROTECCION DEL HOMBRE EN LA SOCIEDAD

Por GUIDO M. BALDI.

Al volver, al cabo de algunos años (el peso de los años a los hombres de mi generación no se ha hecho pesado, aun si se habla de lustros o de decenios) se dice que durante el curso de un debate es siempre peligroso, porque puede obligarse a desmentir nuestras previsiones o aconsejar hipótesis contrarias, lisonjeras para la vanidad que hay en cada uno de nosotros.

Si los eventos se han distorsionado, debemos escoger una edad en la cual las conversiones no enseñan casi nunca la señal purificadora de la Gracia entre la armoniosa conformidad de la manada (rebaño) o el quedar aislado, señalan con el dedo como tardío o soberbio, si al contrario, el curso de la historia ha avalorado nuestra tesis, correremos el riesgo de crecer nuestro orgullo de cátedra con poca caridad por los vencidos (siempre inoportunos para notificar, tal vez a plazo fijo para un nuevo juicio).

Sin embargo, al volver a tomar las cartas en la mano en donde han sido fijados con el pensamiento mío, el de Spirite, Cesarine Sforza, Di Nardi, Quaroni, Volpicelli y la síntesis de Jemolo, sobre "El hombre protegido" me parece ser al mismo tiempo vencedor y vencido, o, a decir mejor, uno de los vencedores, que con ojos desencantados y un poco velados de tristeza ven y juzgan estéril, como una flor destinada a no dar fruto a sus éxitos.

Que tenga para mejor inteligencia de las cosas, recordar lo que me demande.

1. Si fuese en teoría, una antítesis entre protección social y libertad;
2. Se suponía las masas no habían ya escogido a favor de una tutela, aun a pesar de la libertad;
3. Si el derecho es sobre todo la filosofía del derecho, deberá simplemente limitarse a registrar esta elección y no serán llamados a expresar juicios de valor;
4. Si la protección social no se supondría en concreto un estado más allá de las clases y de los grupos, capaces de refrenar los egoísmos y el prepoter de las categorías que se rechazan a sí mismas a identificar sus intereses con aquellos del estado mismo.

A todas estas preguntas yo respondí afirmativamente, pero inclinado, en tanto he tratado a la última, en retener que la decadencia del sentido y de la autoridad del estado deben ser protegidos y seguros en "un régimen de nuevos feudos y de nueva inmunidad, solamente los vencedores ocasionales". Pero a una última interrogación (¿una parcial y limitada protección social para realizar en un mundo en donde la igual-

dad no sea madre de la anarquía y la seguridad no ahogase la libertad?), fui obligado a responder más con una visión de esperanza que con un frío razonamiento.

Ahora bien, yo creo que los hechos me hayan dado, en cuanto he tratado, a las primeras cuatro preguntas, la razón, y tal vez más de lo que yo deseaba. La experiencia de hoy día ha inverosímilmente demostrado —y demuestra— que la calidad de las personas selectas, verdaderamente meditadas y libres (ya sean nuestras), van siendo siempre más arraigadas. Y consta manifiestamente o se oculta persuasivamente, quien nos imponga amenazándonos con un enramiento suspendido sobre la cabeza de quien no se muestra humildemente a hacer lo que le manden aun extrajurídico, de lo más el tipo habitación, el estilo del arrendamiento, la lectura de la tarde, el espectáculo de la moda y —a fuerza— el médico, las medicinas, el hospital, la anteeconomía o la economía forzada, la estructura económica y la práctica administrativa de los institutos que nos tasan, nos aseguran, nos valúan tarifando enfermedad o muertes. Sofocados —además— de una creciente mole de leyes y reglamentos, frecuentemente embriagados sin conocimientos y desatendidos por la práctica y la imposibilidad de no conocer y coordinar las normas exageradas si nos encontramos perdidos y desorientados, en un laberinto cuyas paredes son débiles a los males que nos amenazan, como una férrea prisión en la cual se consume y se extingue nuestra libertad. La antítesis entre protección social y libertad no ha sido nunca tan pura como hoy día, aun cuando la evolución de las concesiones científicas y los considerados milagros de la técnica han dominado las doctrinas sociales. Los descubrimientos de la biología y de la genética; el temeroso asomar de la cibernética, el confuso acercamiento de conocimientos y de las hipótesis que deberán ser sopesados en diversos planos con verdaderas y varias medidas, trae erróneamente a negar, o al menos a dudar el principio de la causa que fue y que da la sola base posible de la ciencia y del derecho. En seguida, y envueltas en las sombras oscilando del determinismo y de la indeterminación; tapada y soldada de los especialistas que no buscan más lo universal, perdidos como están en la exploración de anárquicos microcosmos, el hombre duda primero y teme después de ser libre; porque sabe —y cuando no sabe— siente que la libertad es sinónimo de responsabilidad. Escoger, o sea correr el riesgo y si es necesario pagar el precio de lo escogido, quiere decir ir al encuentro de una pena, un sacrificio, un dolor y tal vez un remordimiento. Mucho más cómodo es disolverse en la masa y ahí quedar en la lasitud torpe y tibia, como el feto nutrido y protegido en la obscuridad intensa y blanda del seno materno. Y en verdad, la masa ha hecho desde hace mucho tiempo su elección; aun antes que Marx y Engels publicasen el “Manifiesto del Partido Comunista”, ¿Alexis de Tocqueville no había ya escrito que las pasiones políticas de los obreros eran ya sociales? Y no había ya advertido que si mirábamos sacudir la sociedad desde su

base, reteniendo la propiedad fundada, sus principios iguales, injusta la distribución de sus bienes e indignas de gobernar las antiguas clases dirigentes? La profecía fue inmediatamente valuada por Marx, teórico y desencadenador de la lucha de clases; pero Marx erró (como ha dicho bien en su lugar Bertrand Russell) en la exaltación del trabajo manual, dividiendo las clases "a un punto de la escala social más bajo del que era necesario". Por esto, el socialismo se ajustó a la categoría que se compone en un campo de trabajo especializado, el cual ha podido al menos en parte, tratar, si no fuese presentado como "una doctrina de venganza"; pero como una manera más científica e inteligente de organizar la producción y la distribución mundial.

Sin embargo, aun a prescindir del llamado al odio y a querer tener conocimiento del convergente aburguesamiento, de un lado, las clases trabajadoras, y de los proletarios, y del otro, de la burguesía (y esto es decir, de un fenómeno sobre el cual volveré dentro de poco) no allí donde haya alguna duda, que sobre todo a partir de la segunda guerra mundial, la masa había ya escogido entre protección social y libertad. Bien es cierto que ninguna elección pudo ser, como la historia demuestra, considerada irrevocable; pero en la fase actual decadente de la costumbre, de la cultura y de la incertidumbre del derecho, esta decisión puede no ser justificada pero comprendida, cuando se tenga conocimiento no sólo del debilitamiento o del ocaso de aquellos que hasta ayer se llamaban "los grandes idealistas"; pero aun también y especialmente del desmoronamiento de las tradiciones y valores clausurados de la economía.

El tiempo, que es el nuestro, de las inflaciones fraudulentas, de las devaluaciones, o por lo menos de la continua erosión de la moneda; de la creciente limitación, si no, del práctico anulamiento del concepto y del derecho de la propiedad; del advenimiento de una confusa concepción del trabajo, no considerada más como un medio, pero puesto como un fin; del dominio creciente de las máquinas que ya parecen producir resultados y efectos penetrando en los misterios y en los mecanismos de la memoria y llegando a los umbrales del pensamiento, si da por vaticinar el advenimiento de una tecnocracia, temida hasta de la política, conocida de la imposibilidad de dominarla; no puede ser aquello de la libertad. El hombre que se pregunta: "¿Qué es la verdad?", o hasta renuncia a buscarla, se despierta al alba y se atormenta en la tarde estrechado por la angustia de las catástrofes apocalípticas, capaz de apagar la humanidad o de alcanzar a diezmarla al nivel de una civilización paleolítica, no puede ser animado de una visión heroica de la vida y no puede ir (la memoria no tiene más peso y sus acciones son consideradas con desprecio y con fastidio por cuanto no se aplaca el propósito de eliminarla) con el fraude o con la violencia; además las peticiones egoísticas del bienestar, de enriquecerse, de conseguir por la hora que huye, el día que pasa, el mañana inmediato. Tal vez, porque nunca, en todo

el curso de la historia, el hombre ha estado tan inseguro como hoy, a instancia de la seguridad, se pone y explota con un descontrol imperativo.

Aun después de la revolución francesa (que a buena consideración había puesto el acento prevaleciente sobre la libertad política), la sociedad se presentaba con una jerarquía que notablemente descendía por una escala de grados numerosos y visibles, hasta el bajo proletariado. Bien entendido, allí estaba siempre una circulación de élites, rendición posible de quienes o aquellos que podría llamarse la práctica constante de la angustia, de un lado, y fecunda del otro del anhelo, en cualquier grupo sincero hacia una angustia mejor y más alta; pero esta circulación provenía alrededor de un cierto número de "estrepolares" o fuera de metáfora, por efecto de la aspiración al alcance de posiciones y valores considerados inmutables, la fe, la patria, la familia, la propiedad, la dignidad, que no era solamente un tejido de notoriedad y de riqueza, pero también de una tradición de oficios cubiertos y de servicios rendidos.

El progreso de la ciencia se medía y bien delineada con una unidad de tiempo que andaba por el medio siglo; allí estaba pues el tiempo indispensable para adaptarse a lo nuevo y a aquello de crear y conservar (o de tal vez de inventarse) de galerías de antepasados, sobre los cuales, el fluir de los años disponía una rutina de respetabilidad. Hoy el hombre, al contrario, y no sólo psicológicamente, sino también intelectualmente, es impreparado para comprender y hasta para seguir el turbulento juego de la hipótesis científica y tiene la impresión de no tener más raíz en el pasado, aun cuando teme no poder poner mucha fuerza y esperanza en el porvenir.

Los trastornamientos de órdenes políticos, el subvertimiento de la estructura social, la brutalidad del trastorno económico, provocan una estañadura sustancial en la circulación de la élite, en el sentido que los nuevos substitutos de los antiguos tienen la principal justificación solamente en la violencia, y por eso, en una efímera victoria no calificada ni en la moderación ni en el mérito. Por eso he hablado de convertir la burguesía del proletariado y de la proletarización de la burguesía; y no me sería difícil si los límites y más aún la naturaleza del debate consentiría la pompa de un amplio aparato doctrinal, demostrando dónde, cómo y por qué los regímenes de protección social han impulsado los labrantios y adoptado los vicios, no las virtudes de este medio y este último ha degenerado sin apropiarse de las cualidades que eran peculiares a la clase obrera. El bienestar, aun a causa de la clamorosa y casi universal quiebra de la escuela (ahora incapaz de absolver aquella función formativa que tenía permiso, templando la cólera y el rencor, afinando los espíritus, las pasiones, el odio, y apagando los choques entre la tesis opuesta, que es condición en primer lugar de concebir y por eso del buen juicio y actuación) se ha vuelto ahora si no el único, el primero y mayor de los ideales, el bien, por cuyo obtenimiento aun las peores obsesiones más recalçadas alzan su oración cotidiana.

El bienestar parecía una vez la última meta de aquel particular tipo de burguesía que había conquistado el poder de Francia, después de la revolución de julio, y había hecho sintetizar a Guizot en una sola palabra: “¡Arriésgate!” Un programa de acción escrito a Víctor Hugo: “¿Quién cierra o para la revolución a medio camino?” La burguesía. ¿Y por qué? Porque la burguesía es el interés llevado a la sofisticación”. Pero hoy, este ideal y este programa ha sido hecho también del proletariado, al menos allá donde dice o cree ser junto a la sofisticación o la ve en el umbral.

No era en verdad muy difícil, pues, ayer, hallar y subrayar la autenticidad de la versión socialista del mundo, porque el proletariado, una vez conseguida su victoria y creada la clase única no había podido tenderse en una inmovilidad absoluta y torpe. Pero hasta ayer era todavía posible, pues con frágil, acongojado y mañoso dialecto, mostró que no estaba alcanzada ni completa la creación de una sociedad socialista y de un estado comunista, y que allí necesita la creencia ante todo que se pidiera la página del libro de la historia de los ideales propuestos por Marx y de sus contemporáneos. Hoy no hay más, pues tenemos en pocos países una sociedad socialista y más de un ejemplo de estados comunistas y la una y la otra están apresuradas a poner y a asegurar los principios y a exaltar la meta del bienestar.

Pues aun cuando no se quiera ironizar sobre la clase única, ni tocar con la mano donde por acaso resultase la verdad, después de un instante se destrozaría en grupos diferencias en la salud, ocupación, inteligencia, la moral o inmoralidad y de la suerte; la necesidad, que marcaría para siempre en verdad que el bienestar es para la mayoría; y al contrario, para la gran mayoría el nuevo destino o al menos la nueva frontera.

Y lo es, porque van día a día compartiendo la diferencia, entre el estado de derecho y el estado totalitario. El uno se refleja en el otro, y reflejándose se imita al otro; es una viciosa falsificación de los aspectos originales. El estado de derecho se distinguía por la razonable diversidad y equilibrio orgánico de su poder; por el firme y reconocido imperio de las leyes y sobre todo por ser el de arriba de las clases y de los partidos, árbitro ecuánime de cada contraste o desconcierto; pero hoy está terminando en las manos, cuando también sea desde luego culpa, no diré de los partidos abandonados de su función vital de conferencias, sino de las facciones que dentro de cada partido se llevan a cabo, y así los oficios, si pueden dispensar sin concurso o a través de selecciones domesticadas, y de empleos privados (de los cuales con siempre mayor liberalidad, pueden disponer de lo que se encuentra en sede) vengán casi siempre concedidas para premiar a los fieles de la parroquia, de la comarca y hasta los aldeanos y consortes, o para abonar peligrosos pero no incorruptibles adversarios. Además que en los partidos está regularizado un poco y en aquel que aparezca un decreciente número de ciudadanos, y que solamente una cuota de los inscritos posean la tenacidad o encuen-

tran el tiempo necesario para militar en organismos, grupos, sesiones o células sentadas casi permanentemente; así que una minoría sustituye al parlamento salido de una hipótesis también de la libre elección, y la soberanía efectiva se concentra en pocas manos. La decadencia práctica de las instituciones parlamentarias, aun ahí donde se pavonean las constituciones y en los desfiles, se cercan los estados que todavía se llaman de derecho a aquellos totalitarios, porque en esos, la corrupción tiene lugar la violencia, la hipocresía del fanatismo, la astucia de la abierta brutalidad. No seré yo quien lo niegue que en muchos países viven todavía los aspectos y algunos residuos sustanciales de la libertad política y civil; pero es innegable que pocos son los gobernantes, los cuales en lo secreto de su corazón, antepongan el ciudadano al súbdito social. Y la erección del súbdito social es ya un buen principio para el retorno del súbdito político. El súbdito social, en el fondo se contenta con el bienestar, nuevo y verdadero opio del pueblo, cuando se ponga como fin a sí mismo, desasociado de cada preocupación y con voluntad de perfeccionamiento moral.

No se diga que la protección social hoy se extiende a todos los débiles, abrazando y consolando todos los dolores; eso es también el fruto calculado del egoísmo árido de una sociedad que haya orientado la familia, expulsando los viejos y asegurando la niñez aquellos que la retórica de tiempos antiguos llamaban "manos mercenarias". Las buenas leyes sociales, aquellas que arriesgaban a cotizar grandes tajadas del pastel del rédito nacional, son hechas públicamente por los que políticamente son fuertes, por cuantos son sostenidos en las espaldas de los sindicatos potentes y por las organizaciones de gran peso electoral: a los débiles y sobre todo a los desamparados, por grande que sea su necesidad e injusta su suerte, les reservan las migajas.

¿Podría ser de otro modo, en una sociedad que ha matado (o cree haber apagado) los viejos ídolos, sin poner nuevos en los altares o donde nombres de ídolos y fantoches de madera y de cartón, roídos en poco tiempo y lentamente descoloridos del sol y de la lluvia? La libertad presupone una metafísica; esto es tan cierto que hasta el *Terrore*, busca apoyarse en el Ser Supremo. Son muchos los que consideran la metafísica como una reliquia arqueológica; pero creo que se engañan, y con todo esto que se engañan nace la aversión o cuando menos la reluctancia a dar juicios de valores. Y es así un derecho de tal manera que puede ser conocido de aquellos juristas (mi pensamiento va hacia el buen Benda y hacia su "Trahison de clerics") que son estados, y son, y serán prontos a señalar en el estado la única fuente del justo y del injusto, de lo legal e ilegal, elevando cada llamada al cielo. Aquellos juristas por ser todavía más claros, que están siempre dispuestos a servir a cualquier objetivo que provisoriamente había llegado a la historia y a los hombres que la han personificado: que siempre han tenido una toga para cubrir el uniforme del soldado; un código para

esconder el puño de la espada; una doctrina para descifrar el delito del derecho; como decía el buen Carduci, y que han de recordar cómo era fácil, en la historia del triunfo de la fuerza. Y me viene a la mente el diálogo a distancia, desenvuelto cuando el "Príncipe presidente", se preparaba a transformarse en Napoleón III, entre un ingenuo funcionario y el Duque de Morny.

En la noche del 2 de diciembre de 1851, la tropa de los generales Saint-Arnaud, Canrobert y Espinisse, habían ocupado los puntos estratégicos de París y rodeado el Parlamento; con todo un cierto número de diputados alcanzaron a entrar en la Asamblea y en la ciudad y en los departamentos se difundió la voz de una victoria de la Constitución y de la legalidad. Por eso un gobernador telegrafiaba: "Tengo noticias que la Cámara triunfa sobre toda la línea". "No —respondía Morny—, es la infantería de línea que triunfa sobre toda la Cámara."

Desde entonces (y aún antes) ¿cuántas veces las bayonetas han disuelto Parlamentos electos regularmente? Trataré de contarlos; pero que me baste refrescar el gesto de los marineros rusos en 1917: sacaron de las débiles manos de Lvov y de Kerensky, el poder, poniendo fin a la soberanía de la reciente nación Constituyente.

Pero ¡ay! pues, si el derecho y su filosofía, con la economía se rehusasen a expresar juicios de valor. La tarea del censor y del moralista, siempre amarga, pueden aparecer en ciertos momentos trágicamente inútiles; pero si es cierto, como se ha dicho y repetido mucho y que yo firmemente creo, que la historia es una eterna repetición ni una grande voz que se apaga y aun después de ser por años y siglos cubierta de clamores y hostilidades, puede salir de la tumba y conmovier las almas. Por esto, las ciencias morales, cuando sean conscientes de su oficio, deben abarcar todo el tiempo histórico, explorando el pasado y tratando de averiguar lo que el porvenir depara.

Que cumpla esta búsqueda sin descanso, de conducir con un alto sentido de objetividad y de modestia, no puede más que creer en la verdad que retiene el haber descubierto o en los valores que esté convencido de haber acertado. Toda la diferencia (y el enseñamiento válido también para la ciencia exacta) viene de uno de los más grandes maestros de la biología moderna (Jean Rostand) que está entre los temerarios que creían saber y de los que sabían que debían creer. . . "Porque no se puede impedir creer cualquier cosa, aunque cuando la sabiduría suprema, fuese considerada a suspender cada juicio". Si no se puede, pues, no se cree, es necesario entonces efectuar un acto de fe: y así se vuelve a lo selecto o escogido y a los juicios de valores. Pero cuando se descubre que el triunfador tiene siempre razón (aun cuando muda del verano al invierno) o cuando sea obligado a buscar las razones por las cuales el vencedor de hoy se identifica en hipótesis con el viento de ayer, merecería, sólo porque tal laurel es el triunfo, no da juicio de valores, si bien se pone en el rebaño, como buen cura del propio bien-

estar. La libertad es ciertamente uno de los pocos valores eternos, que ha servido como inspiración, sueño o sentimiento de grupos aislados de minorías, en todo el curso de la historia que conocemos; y es un valor que se origina en la justicia y a su vez, la genera y que —sobre todo— presupone constante contraposición entre el derecho positivo y aquellos ideales, es decir, una metafísica.

El hecho que hoy la masa haya escogido la protección social aun a menoscabo (de la libertad) o estén para renunciar a cada idea metafísica, deben ser sin embargo registrados y la razón de esta elección va, aun más y mejor para todo aquel que considere (no me cansaré nunca de decirlo) la relatividad del concepto de clases; la irrefrenable circulación de las élites; el fasto y nefasto de la burocracia; el prepoter del sindicato recalcitrante y sin rodeos adversos al freno del derecho y el egoísmo cruel de aquellos vencedores cuya fresca victoria y la incultura (o sin rodeos la falta de civilización) rinden difíciles comprensiones de cada tesis que no sea la suya y áspero el concepto de aquellas transacciones sociales que son los instrumentos más eficaces para evitar o poner fin a los sedientos saqueadores y parásitos.

Lo ya expuesto en el primer debate, aquella que era mi visión respecto del hombre: es, no obstante que el decorrer de los años había demostrado (como había previsto, la victoria temporal de la protección social), bastante lejos de aquello, que sería aceptable por el período necesario en la construcción de una buena economía, no siento ni sacudir ni debilitar la fe que siempre he nutrido en la libertad. Ciertamente que una civilización está en el ocaso; pero a prescindir del hecho que no es imaginable, a menos que una catástrofe cósmica disuelva la tierra o se cumplan ciertas profecías, que ya sea que una noche no siga a la aurora, esto aparentemente ocasional ocaso me parece debido, más que a la teoría y al movimiento político, al hecho que la ciencia y la técnica, por antes estar habituado a proceder lentamente, a pie, después a galopar y luego a volar; embriagados por su éxito, transportando al hombre casi fuera de su tiempo. El tiempo del hombre no es aquel geológico o sideral o aquel de las prisas hacia el futuro de la fantasía; en un tiempo bien conocido y bien definido. Y así como sabíamos que la fertilidad de la tierra es donada, a grosso modo, de un suelo de ochenta centímetros de humus, igualmente sabíamos que el tiempo se inscribe en un círculo en cuyos puntos los conceptos de la desigualdad, del riesgo, de la casualidad y de la responsabilidad. Desigualdad, riesgo, casualidad y responsabilidad, parecen a los albores de cada civilización el destino inexorable del hombre; pero en realidad, solamente la casualidad, como condición y ley del pensamiento, y la responsabilidad, como factor moral y premisa de cada orden jurídico, son absolutamente ineliminables, porque el riesgo puede ser grave y sus efectos pueden ser, al menos en parte, afrontados del resarcimiento, mientras que la desigualdad puede ser atenuada

en la posición de partida conducida bajo el imperio del mérito y allí justificada.

Pero todo esto es posible sólo cuando sopla la aurora de la libertad; porque sólo la libertad es consejera de aquellos arreglos contractuales que son los únicos válidos para dar fuerza al débil y templar en la justicia el vigor del fuerte. Creo, por tanto, firmemente, que una o más generaciones de humanos puedan ver el ocaso de la libertad; no la humanidad.

— :: — :: —

Al dictar esta página, por un momento, soy prudente de expresarme como si estuviesen cerca, atentos y listos a contestar, los interlocutores del primer debate; y esto es con la concitación que revisten las palabras escogidas y perfiladas al momento a las ideas más largamente meditadas y soportables y que, en el honrado sagacismo de que es costumbre hablar en público y al público, debe haber un valor inmenso, apto a espolear a las réplicas de ímpetu, esto es, a aquellas que cada uno trae de su yo profundo, en el momento en el cual se descubre y se revela.

No tengo sin embargo, o no me he tardado a constatar que la segunda parte del debate se desenvuelve entre personas lejanas, que hablan sin oírse, con las palabras que serán recogidas, convenidas y suplidas solamente del moderador Arturo Carlo Jemolo, que las confrontará para exprimir cada jugo, y después, los lectores. No he querido todavía (y lo habría podido) cambiar acento, aunque se pueda temer que cualquiera, en días en que son de moda los discursos cautamente ambiguos, necesitarse de interpretaciones no deformes de aquellas de libres modificaciones, pueda acusarme de haber realizado los contrastes o si no de ser resbaloso hacia la ironía y la sátira. Que esté claro lo que yo haya querido decir, no aquello que sé, sino aquello en que yo creo, y que esto cumpla un acto de fe no sólo, como ha escrito uno de los últimos episodios del materialismo crítico, Giuseppe Rensi, que está fuera de mi alcance, y en la libertad que ha dado a los hombres, para que puedan escoger con responsabilidad su camino, entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, entre la rapiña, el parasitismo y el contrato.

Y esto es, por cuanto considera la economía y la protección social, entre la violencia y la mutualidad, o, si no os gusta esta palabra (por querida a los viejos economistas y en su lenguaje preñado de significado), entre la violencia y la solidaridad.